

EN LA PUERTA SAGRADA

1

Hacía calor en la galería cuatro. El vitezi se arrancó su máscara protectora y reveló un rostro sudoroso, joven, de ojos grises como la niebla. Bebió de la cantimplora sujeta en su cinturón. El agua era limpia y fresca y la saboreó en su boca con deleite mientras observaba a los trabajadores afanados en la extracción de *felk*. Sabía que la mayoría de esos hombres, mujeres y niños morirían allí dentro sin volver a ver la luz del sol. No sólo porque no saldrían de allí, sino porque quedarían ciegos al carecer de protección contra el *resplandor*. Pero eso era algo que nunca le había preocupado ni quitado el sueño. Delincuentes, herejes, esclavos... Todos ellos condenados a trabajar para la Orden del Fuego por un motivo u otro. Un merecido castigo por atentar contra las leyes divinas y humanas establecidas por el Divino Gran Vrach.

Trabor Crivix se volvió a colocar la máscara y sonrió tras ella. Hoy se sentía feliz, sería un día especial. Era su vigésimo cuarto cumpleaños. No es que la fecha en sí importara gran cosa... Hacía mucho tiempo que había dejado de echar de menos las fiestas de cumpleaños en casa de sus padres. En realidad, apenas les recordaba ya. Como hijo menor de una poderosa familia de Crigarod, su destino, servir en la Orden del Fuego, había sido pactado desde su nacimiento. A los siete años fue enviado a la Torre y desde entonces no había vuelto a tener contacto ni noticias de ellos. Ahora su hogar, su familia, su vida entera se desarrollaba en *El Guardián*. Los primeros años habían sido duros, pero ahora era un vitezi plenamente formado. Sin ninguna duda el mejor de su promoción. Lo sabía, y estaba dispuesto a sacarle partido.

Gracias a su despierto intelecto y habilidades, superiores a la media, durante los últimos años había conseguido formar parte del exclusivo grupo de trabajo del Maestro Minero Stelkin, un duro y experimentado vitezi de la vieja guardia. Él controlaba el subsuelo de *El Guardián*, con todo lo que eso conllevaba. En este campo sólo al Gran Vrach le rendía cuentas. Se decía de él que conocía las cavernas como la palma de su mano, que podía recorrer a oscuras todas las cámaras y pasillos, con sus vueltas y recovecos, sin perderse ni tropezar. Además, el viejo Maestro era el depositario de la llave de La Puerta Sagrada, la llave que conducía directamente a los infiernos.

Hasta ahora, las tareas académicas en la biblioteca de la Torre habían ocupado la mayor parte de su tiempo, combinadas con trabajos de logística en la mina y esporádicas salidas al exterior relacionadas con la administración del comercio de *felk*. Pero hoy... ¡Hoy sería su gran día! Por fin Stelkin le había elegido para una misión realmente interesante. ¡Descendería hasta la mismísima Puerta! ¡Menudo regalo de cumpleaños! ¿Cuántas personas en toda Mercia podían decir que habían realizado semejante viaje? Muy pocas... únicamente vitezis de alto rango y los condenados al Juicio de Perun... Aunque en realidad a estos últimos ni siquiera les tenía en cuenta ya que nunca regresó ninguno para contarlo. Él sería ahora uno de esos pocos privilegiados.

A las cinco, tan puntual como siempre, llegó el Maestro Stelkin con su cuadrilla de mecánicos. Vitezis de gran cualificación encargados del mantenimiento de *La Jaula*, un complicado mecanismo de poleas, cuerdas, engranajes... que les permitía descender hasta las profundidades de la meseta de Mercia.

Sin mediar palabra, todos ellos se dirigieron hacia la zona de embarque, donde ya se encontraba preparado el elevador para iniciar su largo descenso. Trabor se sentía realmente excitado. Sería un largo trayecto por las angostas y oscuras chimeneas que horadaban la

meseta. El descenso no sería continuo ya que habría que realizar unos tres cambios de jaula para salvar los distintos niveles de las galerías.

2

Según transcurrían los minutos el nerviosismo de Trabor iba en aumento. *¡Este silencio...!* El estridente y monótono chirriar de la jaula al deslizarse hacia las profundidades de la tierra le estaba volviéndole loco. Una sensación de claustrofobia empezaba a apoderarse de su mente haciendo que su cuerpo no pudiera mantenerse quieto. Había pasado la mayor parte de su vida deambulando por los infinitos pasadizos de la mina, por lo que los sitios cerrados nunca le habían producido ninguna sensación de ahogo. Pero esto era algo totalmente diferente. Podía ver las paredes que le rodeaban en el descenso. Podía incluso tocarlas. Era como estar encerrado en una tumba. Si algo fallaba en el mecanismo de la jaula caerían sin remedio, sin posibilidad de escape. Y esa pegajosa oscuridad... Daba gracias a Perun por las antorchas de *felk*. A esas profundidades ya no existían afloraciones del rojizo mineral y las cavernas no resplandecían como en las galerías más próximas a la superficie. A pesar del frío, que iba en aumento, comenzó a sudar. Se estremeció de puro pánico. No podía permitir que se dieran cuenta de su flaqueza. Sabía que este viaje era una prueba y no podía permitirse el lujo de fallar ahora.

Tras dos largas e interminables horas de angustiosa y opresiva bajada, por fin tocaron fondo. ¡No lo podía creer! El espectáculo que se presentó ante sus maravillados ojos al colocar las antorchas de repuesto en las paredes le dejó sin aliento. Se encontraban en una inmensa y espaciosa cueva en la que reverberaba el sonido amortiguado de la Gran Catarata y en la que se alzaba en toda su magnificencia el complejo mecanismo que controlaba La Jaula. Ni en sus más fantasiosos sueños pudo imaginar algo semejante.

—¿Sorprendido? —preguntó Stelkin—. Será mejor que quites de tu rostro esa expresión bobalicona o me arrepentiré de haberte traído. —sonrió enseñándole sus gastados y desordenados dientes.

—Lo siento Maestro, es que no me imaginaba algo tan... ¡Grandioso!

Mientras el resto de los vitezis iniciaban las tareas de reparación y mantenimiento encomendadas, Stelkin tomó a Trabor por el hombro y lo condujo hacia las escaleras de mármol que ascendían hacia una terraza en cuyo centro se situaba un altar ricamente tallado, y junto a él, un ara ennegrecida por los fuegos del último juicio divino.

—Como habrás podido deducir, aquí es dónde los condenados ven por última vez el fuego de Perun —su voz era fría, átona, sin ningún atisbo de emoción—. ¿Ves esa bifurcación de ahí enfrente? —preguntó Stelkin señalando con la mano.

—¡Si maestro! —respondió Trabor rápidamente.

—El pasillo de la izquierda no conduce a ninguna parte, pero el de la derecha...

—... ¡Conduce a la Puerta Sagrada! —terminó Trabor en un susurro apenas audible debido a la emoción. *¡Sí, allí estaba, el camino al Infierno!*, pensó sobrecogido.

Su corazón palpitaba con tal intensidad que pensó que Stelkin lo escucharía pese al atronador rugido de la catarata. ¿Le permitirían ver La Puerta? En esos momentos era lo que más ansiaba en el mundo. Y tal ansiedad se reflejaba tan claramente en el rostro del joven monje que el Maestro no pudo menos que sonreír. Conocía muy bien a su aprendiz, sus capacidades y sus ambiciones. ¿Por qué no darle un poco de felicidad al chico? Además, sabía que con el tiempo Trabor sería su sucesor en el cargo. Así se lo había comunicado al Gran Vrach. Ya era hora de que le instruyera en los asuntos concernientes a sus nuevas responsabilidades.

—Creo que este es el lugar indicado para darte la noticia —dijo Stelkin echándose hacia atrás la capucha de su hábito y mirándole directamente a los ojos.

—¿Qué? ¿Qué noticia maestro? —tartamudeó Trabor.

—El Gran Vrach te ha nombrado oficialmente como mi sucesor en el cargo de Custodio de la Puerta y hoy ha comenzado tu instrucción.

¿Cómo había sucedido eso? ¿Cuándo? Nadie le había comunicado nada. Ni siquiera lo había sospechado. Era cierto que siempre había albergado esperanzas, pero nunca se imaginó que tal nombramiento pudiera llegar tan pronto. Gritar, saltar, reír... de puro gozo... Eso era lo que Trabor Crivix se veía haciendo en el interior de su mente, pero para el resto del mundo mostraba una actitud comedida y respetuosa.

—Maestro es un honor que no creo merecer... —comenzó a decir humildemente.

—Ja, ja... Trabor, Trabor... te conozco mejor de lo que tú crees. —se carcajeó Stelkin—. La humildad no te cuadra nada bien. Siempre has sido ambicioso y para conseguir tus fines no has dudado nunca en hacer cualquier cosa... aunque fuera a costa de otros.

—Maestro yo...—comenzó a defenderse Trabor algo incómodo y molesto por tan duro comentario.

—No, no te molestes en disimular ni en desmentirlo. Son esas... *actitudes*... las que te han traído hasta aquí muchacho. ¡No lo olvides nunca!

Ambos hombres se miraron a los ojos durante unos instantes. Frente a frente, experiencia y templanza contra orgullo y ambición. Stelkin con sus ojos de viejo aguilucho parecía decir, *Aún no he muerto. El cargo aún podría ser para otro. Un solo paso en falso y te aplastaré como a una cucaracha...* Y Trabor como joven halcón que era... *Cuidado viejo, no te interpongas o sabrás de lo que realmente soy capaz de hacer...*

Tras esta lucha silenciosa Stelkin rebuscó entre los pliegues de su túnica y colocó en la palma de la mano de Trabor algo pequeño, pesado y anguloso. Éste lo miró con desconfianza. ¿Qué era esa extraña pieza metálica? Sin duda estaba realizada con una aleación de hierro y *felk* que le confería ese tono rojizo tan característico. Una pieza magníficamente tallada sin duda.

—¿No lo reconoces? —preguntó Stelkin divertido.

—¡No! —dudó Trabor al responder. ¿Sería otra prueba?

—¡Es normal! Sólo dos personas conocen su existencia. Y ahora tú serás el tercero.

—¿Es la llave de la Puerta....? —Trabor tragó saliva, apenas se atrevía a sugerirlo si quiera.

—¡No! —Movió la cabeza con rotundidad—. Esto es lo que quería explicarte hoy como primera lección de aprendizaje de tu nuevo cargo. —Stelkin tomó aliento y comenzó su relato—. Esa no es la llave de la puerta que da acceso a Valcar. La llave de esa puerta está en manos del Gran Vrach y sólo él puede utilizarla. Lo que nadie sabe, es que antes de acceder a esa entrada hay que atravesar otra, y que eso que tú sostienes en tus manos en este momento es el sello que la abre. ¡Y sólo yo puedo utilizarla!

—¿Y el Gran Vrach? —preguntó Trabor cada vez más asombrado.

—¡Él desconoce la combinación! Se trata de una medida de seguridad. El acceso es demasiado peligroso como para estar en manos de un solo hombre.

¡Tantos secretos que desconocía...! No pudo evitar que una fina sonrisa de satisfacción se dibujara en su fino rostro. ¡No podía salir de su asombro! Dio un respingo cuando de repente notó el aliento del Maestro junto a su oído. Aún aturdido por la revelación que se le acababa de confiar no había notado como Stelkin se le acercaba. ¡Le estaba susurrando la combinación del sello!

—Y ahora, jura ante este sagrado altar que jamás relatarás a nadie lo que aquí te ha sido revelado. Pues si así no sucediera, serás condenado a vagar por esos infiernos que tanto ansías conocer.

Trabor juró solemnemente. ¡Por supuesto que no se lo diría a nadie! ¿Por qué desearía compartir semejante poder?

—Recuerda, el poder también es responsabilidad... —sentenció Stelkin como si hubiera escuchado sus pensamientos—. ¡Ya puedes irte!

—¿Irme? ¿Adonde? —preguntó aturdido Trabor.

—¿Acaso no quieres conocer tus nuevos dominios? —contestó el Maestro con un tono sorprendentemente burlón—. Yo tengo trabajo aquí supervisando las reparaciones de la Jaula. Puedes utilizar el sello para abrir la puerta. —Al ver la expresión de horror del rostro de Trabor se apresuró a añadir—. ¡No tengas miedo! Recuerda que la segunda puerta no podrás abrirla. ¡Ningún demonio te perseguirá! —Y se alejó riendo.

Trabor enrojeció de vergüenza. ¡Como odiaba que le dejaran en ridículo! ¡*Ya verá este viejo chocho quien soy yo!*, se dijo alzando la cabeza con orgullo y decisión. Y sin embargo.... Su Maestro no dejaba de tener razón. Se le habían puesto los pelos como escarpas cuando mencionó que abriera la puerta. Muchas veces había fantaseado sobre esa posibilidad. Siempre se veía en sus sueños como el azote de los demonios. Pero ahora que los tenía tan cerca... No se sentía con tanto arrojo. Pero si el Maestro le había contado la verdad... no habría ningún peligro, y la curiosidad le estaba matando. ¡No podía desperdiciar una oportunidad así!

3

Cuando perdió de vista al maestro Stelkin, agarró una antorcha de *felk* y se dirigió decidido hacia el corredor de la derecha. Hacía frío y había mucha humedad. Se engañó a sí mismo para darse valor, diciéndose que ésa era la verdadera causa de los temblores de su cuerpo. El estruendo de la catarata era cada vez más ensordecedor. Apenas habían pasado unos minutos cuando al realizar un giro hacia la izquierda se encontró de pronto con un inmenso portón metálico profusamente decorado con relieves alusivos al Juicio de Perun y los castigos que conllevaba. ¡*La Puerta!* La estudió con gran interés. No había manilla ni cerradura, ni resquicio que indicara la existencia de dos hojas. Buscó entre los relieves el lugar exacto donde colocar el sello. Lo encontró tras unos minutos de minuciosa búsqueda, tomó aire repetidas veces e introdujo con mano temblorosa la combinación que accionaba el mecanismo de apertura. Asombrado, contempló como tras una especie de gran estallido que hizo temblar el suelo ligeramente, la pesada puerta de tres metros de altura comenzaba a deslizarse hacia arriba sin hacer ruido. Su desasosiego e intranquilidad iban en aumento. ¿Qué encontraría al otro lado? ¿Estarían los demonios esperándole?

Tal como había relatado Stelkin La Puerta Sagrada daba acceso a un corto corredor y luego a otra puerta, enrejada, con barrotes tan gruesos como el brazo de un hombre y una enorme cerradura donde sin duda encajaría a la perfección la Llave del Gran Vrach. Y al otro lado de los barrotes... la nada. Una oscuridad absoluta. Y un hedor nauseabundo que le hizo vomitar. ¿Qué era esa pestilencia? ¿Demonios? Con mucha precaución acercó la antorcha a los barrotes. ¡Allí estaba la causa de espantoso olor! A los pies de la verja se amontonaban gran cantidad de huesos y cuerpos en descomposición. Restos de seres desconocidos y otros sin duda humanos.

—Así que este es el fin de los condenados en el Juicio de Perun... —murmuró en voz baja. ¿Cuántos desgraciados habrían muerto allí mismo agarrados a las verjas intentando escapar de su terrible destino?

Aunque el espectáculo era realmente nauseabundo no había ni demonios, ni seres infernales, ni nada parecido. Un tanto decepcionado se giró para regresar junto a su Maestro. Pero no había dado ni dos pasos, cuando la sangre se le heló en las venas repentinamente. Un sonido procedente del otro lado de la Puerta, un sonido demasiado familiar como para no reconocerlo incluso teniendo como fondo el atronador rugido de la catarata. ¡Una voz humana!

Volvió rápidamente sobre sus pasos y clavó la mirada en las oscuras profundidades del otro lado. No había nada allí. ¿Lo habría imaginado? Y de repente, sobresaltándolo aún más, un espeluznante grito desgarró el aire haciendo que todo su cuerpo temblara de espanto. Porque no era un grito, era un aullido desesperado.

—¡Viteziiii, abre la puerta! —resonó la voz por toda la caverna.

¡Terror! Eso era lo que le atenazaba ahora el corazón. Nunca antes había oído un sonido semejante, tan desgarrador. Y tras el grito... unas manos surgieron de la oscuridad y se agarraron a los barrotes... y tras esas manos... un rostro que no olvidaría jamás. ¡Era un hombre, sí! Pero tan pálido y demacrado que más parecía un espectro. Le miraba con ojos enloquecidos y desesperados mientras seguía gritando que abriera la Puerta.

—¡Abre la Puerta maldito! —gritaba el desconocido —¡Abreeee! He cumplido mi castigo y he sido perdonado. ¡Sigo vivo!

Trabor se encontraba completamente paralizado por el miedo y la sorpresa. ¿Qué podía hacer? No sabía de nadie que hubiera regresado tras sufrir el Juicio de Perun. Esto no podía estar pasando realmente.

—¿Quién eres? —consiguió balbucir.

—Ja, ja, ja... —se rió con gestos desquiciados el condenado—. ¿Que quien soy? ¡Y eso que más da! ¡Abre la maldita Puerta! —volvió a vociferar golpeando los barrotes.

—¡No!

—¡Bien, mi nombre es Redna Largaixa! ¿Te suena de algo, vitezi? —dijo con bastante sorna pese a la complicada situación en la que se encontraba.

—¡Sí, ahora recuerdo! —exclamó con sorpresa. Redna Largaixa había sido condenado junto con otros ocho herejes. ¡Habían atentado contra el mismísimo Gran Vrach! Sólo él mostró arrepentimiento en el juicio y por eso se le concedió la oportunidad de someterse al Juicio de Perun, mientras que el resto morían despeñados en la Plataforma de Riurik. Eso había sucedido hacía cuatro meses. ¡Y seguía vivo! ¿Realmente los dioses le habrían perdonado? En ese caso habría que sacarlo de allí inmediatamente.

—¿A que estás esperando? ¡Abre de una maldita vez! —se impacientaba Redna.

—Yo... yo no tengo la llave... ¿Cómo has escapado de los demonios? —preguntó Trabor con sincera curiosidad.

—¡Matándolos! Por lo menos a alguno de ellos... —dijo con orgullo—. Se podría decir que he sido más listo que estos pobres desgraciados —añadió propinándole una patada a una sonriente calavera.

—Eso es impo... —no pudo concluir la frase pues unos pasos resonaron a sus espaldas.

Al girarse, vio que el maestro Stelkin se acercaba a la puerta con una falsa sonrisa en los labios.

—¡Vaya, vaya! Redna Largaixa... ¡Así que has sobrevivido! —dijo sin emoción ni sorpresa—. Mis más sinceras felicitaciones. Pocos lo consiguen.

—¡Vieja rata! Este alfeñique no tiene la llave, pero tú seguro que sí. Abre la puerta y cumple con tus leyes.

—¿Leyes? ¿A que leyes te refieres? —Stelkin soltó una contenida carcajada fría como la muerte.

—¡No te hagas el tonto conmigo! Todo el mundo sabe que si sobrevives sesenta días en Valcar es porque Perun te ha perdonado. ¡Y yo lo he sobrepasado con creces! —gritó—. ¡Abre!

—¡Es cierto, eso es lo que se nos enseña! —reconoció Trabor tímidamente.

—Mi querido Redna, lo que dices es cierto. Los Dioses te han perdonado y ahora posees un alma limpia que presentar ante ellos. Ya puedes morir tranquilo. —Su voz era dulce como el veneno de una serpiente—. Pero... ¿Dónde está escrito que la Puerta se volverá a abrir? Has interpretado mal la doctrina mi querido amigo.

Trabor no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Así que era eso? Nadie regresaba porque a nadie se le permitía volver a cruzar la Puerta. Era posible sobrevivir en el Infierno tal como lo había hecho ese hombre.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Estás mintiendo! —aulló desesperado—. ¡Tú! —dijo dirigiéndose a Trabor— ¡El viejo está loco, no le hagas caso! ¡Abre la puerta, no me puedes dejar aquí! —Su voz flaqueó y comenzó a sollozar como un niño.

Distraídos como estaban con la patética y cruel escena, no se percataron de la llegada de una enorme sombra que se acercaba por detrás del condenado. Stelkin fue el primero en darse cuenta y sin pérdida de tiempo agarró a Trabor de la trenza que sobresalía de su capucha y tiró de él con fuerza para alejarlo de los barrotes y salir por La Puerta Sagrada.

- ¡Cierraaaaa! —gritó frenéticamente Stelkin—. ¡Utiliza el sello!

Un aullido ensordecedor retumbó por las paredes de la caverna. Trabor no reaccionaba. Nunca antes había sentido un miedo tan intenso, que le dejaba sin fuerzas, que le paralizaba y ahogaba. Sólo podía quedarse allí, quieto, contemplando el espeluznante espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos. Un ser infernal, monstruoso, había surgido de la nada y se acercaba a Redna. Éste paralizado y tal vez ya resignado a su suerte, no hacía nada para huir. ¿Acaso era posible? Sintió como Stelkin le arrebatava el sello de la mano. Pero él seguía sin poder oírle o reaccionar. Mientras la Puerta Sagrada caía...él seguía escuchando los gritos, unos gritos como jamás antes había oído, unos gritos que se convertirían en pesadillas y que le perseguirían durante el resto de su vida. ¿Qué se le podía hacer a un ser humano para que gritara de semejante forma? ¡Terror, puro y descarnado terror!

Cuando la puerta terminó de cerrarse las lágrimas corrían por sus mejillas. Todo su cuerpo temblaba. Volvió su desencajado rostro hacia el Maestro Minero. No parecía muy afectado por lo ocurrido. ¿Cuántas veces habría presenciado esa misma escena? Pensó en la pila de cadáveres amontonados junto a la verja.

—¡Es... inhumano! —consiguió articular—. ¿Porqué no se les permite regresar?

Stelkin suspiró y dirigiéndole a su aprendiz una fría mirada le respondió con amargura.

—¿Acaso es necesario que te lo explique? —preguntó Stelkin mientras se alejaba.

¡No! Realmente sabía que no era necesario. Comprendía perfectamente las razones que empujaban a la Orden a actuar de aquel modo tan despiadado. *¡Supervivencia, poder, control...!* Cerró los ojos y rogó a los Dioses para que nunca fuera condenado a un castigo tan cruel.

—¡Por cierto! —dijo Stelkin girándose hacia él—. Feliz cumpleaños, espero que hayas disfrutado con tu regalo. —Y se alejó con una sonrisa burlona en su rostro.